

A
721

Biblioteca Popular de Cultura Colombiana

Pierre d'Espagnat

RECUERDOS DE LA NUEVA GRANADA



VIAJES . VOLUMEN III

*Publicación del Ministerio
de Educación de Colombia*

Impreso en la Editorial A B C - 1942

918.01
D 2782

90

43.164

Pierre d'Espagnat

20

RECUERDOS DE LA NUEVA GRANADA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
BIBLIOTECA



BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

sys 160057

PIERRE D'ESPAGNAT

PIERRE D'ESPAGNAT, notable escritor e ingeniero de mérito, llegó a Bogotá en julio de 1897. La atracción del trópico ecuatorial lo había inducido a visitar a Colombia, en donde permaneció hasta mayo de 1898, tiempo durante el cual viajó extensamente por todos los lugares del país y recopiló vasta documentación para su obra *SOUVENIRS DE LA NOUVELLE GRENADE*, el más bello y romántico libro que se haya escrito sobre nuestra patria, según lo conceptuó acertadamente mi amigo del alma el malogrado diplomático e historiador Julio Mancini, prematuramente arrancado a la vida lo mismo que su compatriota el ilustre viajero y escritor francés.

En buena hora otro erudito historiador y escritor, el eminente Ministro de Educación Nacional don Germán Arciniegas, rinde póstumo tributo a Pierre d'Espagnat, al hacer traducir y reimprimir estas páginas sobre Colombia, impregnadas de imparcialidad, llenas de interesantes observaciones históricas y descriptivas de sus glorias y de sus maravillas naturales, que fueron escritas en francés en el estilo del inmortal poeta José María de Heredia, miembro de la Academia Francesa, y a quien el autor dedicó su obra como tributo de profunda gratitud y respetuosa admiración de discípulo, en los siguientes términos: "Al poeta incomparable de "Trofeos", al descendiente de los conquistadores que escribieron con la espada el gesto heroico del Nuevo Mundo."

El estilo de d'Espagnat, como el de su ilustre maestro, es una feliz y armoniosa mezcla del giro francés con el gusto castellano, que fue el idioma de don Pedro de Heredia, fundador de Cartagena

de Indias, de José Francisco de Heredia, Regente de las Audiencias de México y Caracas, y de otro José María de Heredia, trovador cubano, ferviente patriota y cantor sublime de la Catarata del Niágara.

Pierre d'Espagnat era el prototipo del caballero francés. Figura arrogante, helénica nariz, boca sensual cubierta por desafiador bigote de mosquetero, y ojos azules en que alternaban los acerados relámpagos de su energía con las suaves miradas acariciantes como el terciopelo y que son signo de bondad. Sus andanzas por diferentes latitudes le habían impreso el característico aire de bohemio de las novelas románticas, que se acentuaba por el uso de un ancho sombrero de Síndico de Rembrandt, una corbata negra Lavallière, como la que ostentan los artistas intelectuales en el barrio latino de París y que se empeña en conservar entre nosotros muy gallardamente el espiritual y anecdótico Julio Vives Guerra, y un ademán desenvuelto y retador.

En 1898 Pierre d'Espagnat publicó su primer libro, "Jours de Guinée", en cuyas páginas describe sus aventuras maravillosas en la tierra africana durante tres años a partir del 24 de septiembre de 1895, día en que abandonó su confortable residencia de la Avenue Wagram, de París, y la cambió por la inhospitalaria Africa occidental. A lo largo del libro recuerda la fúnebre majestad de los ríos, las azarosas etapas en las selvas milenarias, la sombra de las palmeras de coco inclinadas por la brisa del mar, el ruido de los frenéticos aullidos durante las danzas negras, los días de sed y las noches de fiebre

Tuve la oportunidad de mantener un asiduo contacto con Pierre d'Espagnat y de colaborar modestamente en sus investigaciones sobre la formación de nuestra nacionalidad. Le conservo una gratitud imperecedera por haber mencionado mi insignificante persona. De ello procede la admiración que

siempre me despertó y el efusivo entusiasmo con que veo la reimpresión de su obra que va a llevarse a cabo.

Sus SOUVENIRS DE LA NOUVELLE GRENADE fueron publicados por primera vez en 1900 en la conocida "Revue des Deux Mondes". El libro apareció en 1901 con un éxito resonante que hizo conocer a Colombia con más amplitud que cualquiera otra de las obras y escritos inspirados por nuestro país a gran número de viajeros. Pero antes, en 1899, había editado una recopilación de sus poesías, nutridas en el espíritu herediano, bajo el título de "La Divine Aventure", en donde consagró bellas estrofas a la "Terre Colombienne".

De 1901 a 1902, entre dos viajes de exploración a la Costa de Marfil, se trasladó a Macedonia para buscar los elementos de su cuarta y última publicación: "Avant le Massacre". En ella describe maravillosamente la gloriosa epopeya en que perecieron a millares los compañeros del sabio filólogo y profesor Christo Matof, quien con la mano levantada hacia la cumbre eterna del Monte Olimpo gritaba: "¡Viva la Revolución!" "¡Viva Macedonia independiente!". Y en los momentos en que la soldadesca turba se lanzaba a la matanza de sus compatriotas y copartidarios, el sabio gritaba que el que sucumbe por la libertad no perece nunca.

El viertes 1º de agosto de 1902, día de su onomástico, Saint Pierre és Liens, la fiebre amarilla rompió en pocas horas la vida de Pierre d'Espagnat en Gran-Bassam, a la edad divina de los 33 años, como el Nazareno, como José Asunción Silva. Por tercera vez había ido a desafiar el mortífero clima africano con la bella indolencia de los que tienen fe en su obra. La muerte lo sorprendió en momentos en que coronaba con éxito una serie de estudios y de trabajos técnicos para darle valor a una de las colonias francesas más desheredadas de estos tiempos. Ya no podía alejarse de las selvas y del ardiente desierto, y porque amaba "la brousse"

quiso sucumbir bajo el embrujo implacable del vasto y desconocido continente negro. Amaba a Francia y solía decir que sus viajes frecuentes por tierras lejanas sólo tenían por objeto disfrutar el placer de regresar a la patria, pero no pudo morir bajo su cielo.

Pierre d'Espagnat dejó además de lo que se publicó durante su vida una gran obra industrial, ejemplo para los que desesperan del espíritu de iniciativa de la raza gala, y una vasta obra literaria que honraría a muchos escritores de los que alcanzan el término normal de la vida humana, por el esfuerzo y la consagración que representa. Permanecen inéditas "Les Deux Masques", novela, y "Scenes et Paysages des Deux Mondes", en el cual había recogido largas e interesantes anotaciones de sus viajes por los más diversos países del mundo.

Con la muerte de Pierre d'Espagnat Colombia perdió un sincero y desinteresado admirador, Francia un intrépido explorador y las letras universales un escritor de gran mérito.

En las páginas de sus *SOUVENIRS DE LA NOUVELLE GRENADE*, en medio de la abundancia descriptiva de panoramas, hace un cálido elogio de la mujer colombiana, llegando su admiración hasta comparar a algunas de ellas con la Virgen de Murillo. A pesar de sus largas peregrinaciones era un ferviente católico, romántico y soñador. Su arraigada fe se demuestra en una de sus últimas cartas que conservo piadosamente y de la cual traduzco al pie de la letra estas frases de despedida en que se preveía, quizás, su próximo y gran viaje al más allá: "...Dios en su infinita bondad reúne en mejores mundos a quienes la tierra ha rehusado unir o separado..."

C. R. M.

Tena, 15 de marzo de 1942.

Al incomparable poeta de "Troveos",
al descendiente de los Conquistadores
que escribieron con la espada
la gesta heroica del Nuevo Mundo,
a José María de Heredia,
miembro de la Academia Francesa,
dedico, en señal de agradecimiento
y de una respetuosa admiración de discípulo,
estos bosquejos de la América española.

P. E.

SI NO HUBIERA algo de temeridad en querer plagiar a Montaigne me darían ganas de decir: he aquí un libro de fe, el libro de un creyente. Tal vez esa palabra libro parezca, sin duda, demasiado solemne, aplicada a unas impresiones de viaje muy o demasiado personales, por otra parte mudables y contradictorias, como todas las impresiones. Algunos acaso estimen, y tal vez con razón, que hubiera sido preferible que en vez de un estéril vagabundeo literario por Colombia, les hubiera aportado documentación más positiva sobre aspectos sociales, escalas de cambios, poseedores de minas de oro, estadísticas agrícolas, etc. Sobre esas materias existen numerosas publicaciones oficiales con las que me considero incapaz de competir, o que no me atrevo a analizar. Además, prefiero confesarlo en seguida, no escribo más que para algunos amigos dilectos e íntimos. Para mis hermanos espirituales he tratado de consignar estos recuerdos de pereza, estas divagaciones de un bohemio perdido en los ásperos y empinados senderos de los Andes.

Ellos, estoy seguro, reconocerán en sus páginas las impresiones ya olvidadas o mal definidas de su propio pensamiento; para aquellos que sintieron en ocasiones —medio avergonzados por no poder impedirlo— un sobresalto de fervor generoso, toda su juventud agolpada de repente al corazón ante la arrogancia de una réplica castellana, ante determinado episodio soberbio exhumado de entre el polvo de las crónicas; para aquellos, me atrevería casi a decir, que venidos a destiempo al mundo, se sentirían mejor bajo la armadura de un compañero de Balboa y utilizarían con gusto para abrir las páginas apetecidas, a guisa de ple-

gadera, una daga del siglo XVI. Como yo, sin duda, al saborear el raro deleite que proporcionan las sensaciones deliciosamente trasnochadas, se entregarán con alma ingenua a los efluvios de la tierra magdalénica, tan acariciadores, tan múltiples, leyenda de una raza heroica, misticismo moderno y pasión de amor. ¿Cómo se podría reproducir, aunque sólo fuese mínimamente, en forma imprecisa, por aproximación, un escalofrío? Tengo delante de mí ese libro tan cautivador, tan doloroso, que tiene por título MARIA...

¡MARIA!... Todo lo que siempre amarán, todo lo que podrán añorar en medio de sus entusiasmos o de sus angustias los hombres nacidos en las orillas del Cauca o del Magdalena, todas las nostalgias que harán subir a sus ojos en el destierro las brumas del Támesis o las fiestas del Barrio Latino, el recuerdo de los atardeceres de la tierra natal, el recuerdo de escenas alegres o tristes a las que estuviera mezclada su infancia, el recuerdo de la dulce fisonomía que quedó allá invenciblemente pensativa, todo eso lo encontrarán en las páginas avasalladoras de esa novela de amor escrita en una lengua tan sencilla talvez, tan tierna y tan dramática desde luego, como la de Manon Lescaut.

Es a ellas a las que dedico, yo también, el recuerdo agradecido de las primeras iniciaciones. Cuando, a caballo, recorría los horizontes grandiosos y escalonados de las cordilleras, con el librito apoyado en la perilla de la silla, cuando no tenía más que levantar la vista de sus renglones melodiosos para, fijándola en los paisajes que reproducían, penetrar poco a poco a través de las descripciones de Isaacs, en el encanto íntimo de su Nueva Granada, para sorprender en ella lo mejor que hay bajo el cielo de todos los mundos, el alma de sus mujeres y de sus flores.

Sí, María... Cuántas veces, el domingo, pie a tierra, con las bridas al brazo, recostado en el án-

gulo de un muro con la ruana sobre los hombros y calzadas las espuelas, la he contemplado volviendo de misa, con una rama de hortensias en la cintura, con la mantilla negra que recarga la sombra de sus largas pestañas y reflejando sobre su cara pálida y angélica esa expresión de sometimiento a una felicidad que nunca se da sin lágrimas, a unas penas que nunca se sienten cuando no se cree en Dios y no se abrigan esperanzas.

Era, por lo menos, la misma gracia ingenua, la misma seducción religiosa y turbadora la que yo seguía desde lejos, resucitada, paseando su melancólico y dulce destino por el estrecho horizonte de su aldea perdida como una mancha rosada en el inmenso y paradisiaco Valle del Cauca. A mi vez contemplaba las cimas próximas en las que habían descansado las miradas de María. Me devolvían aquéllas disuelto, suspendido en el aire, el eco de las melodías y de las palpitaciones de su corazón, la espiritualidad conmovedora de sus sueños de muchacha, su concepto de la vida silenciosa, contemplativa y ardiente, ese estremecimiento de un átomo que trata de amalgamarse para iniciar la elevación conjunta hacia florescencias definitivas...

Mejor aún, y entregado por completo a la inclinación innata que con secreta delicia me identifica con las razas, con los ambientes intelectuales por donde paso, revivía las emociones de un hijo de esta tierra, enamorado de semejante prometida, en el cuadro incomparable en que les había sido dada la casualidad divina de conocerse y de palidecer al primer encuentro. De ese desdichado Efraín me hice una especie de compañero imaginario y exquisito; juntos recorríamos de nuevo todo el ciclo de panoramas y de venturas que su pluma fijó en una música de palabras que llamaré encantada, en notaciones casi inmateriales, en líneas, en sonidos eolios, en armonías sin palabras, juntos nos sentábamos unas veces en alguno de

esos rincones de sombra sedante y arrulladora bajo el gran sol intertropical; otras, ante la calma indescriptible de las noches de luna sobre los valles; o bien, tácitamente nos comunicábamos nuestras sensaciones placenteras durante el viaje, al abrirse, desmesurada a nuestros pies, alguna de esas depresiones que desconciertan la imaginación, loco cabrilleo de crestas cortadas por los fondos trágicos y esfumados de las nubes. Colaboración ideal, en una palabra, para percibir todo lo que pasa, todo lo que susurra, todo lo que ama y todo lo que muere en el fondo de esas soledades americanas, para tratar de expresar, según la frase feliz y descriptiva de Justo Sierra, "toda la poesía ignorada del Nuevo Mundo, la voz de los grandes bosques vírgenes, las salvajes armonías del Dagua bordeado de selvas profundas llenas de rumores y de penumbras, el lamento cadencioso de las pequeñas cascadas al esparcir las perlas de sus gotas rodando desde las ásperas cimas de la sierra, el maullido del jaguar herido y el canto amortiguado del pájaro de la montaña, los sones melancólicos del bambuco y el chillido de los loros que cruzan el azul cristalino del cielo como un chal de casimir azotado por el viento"...

Cualquiera que sea el nombre con que se las designe, fue profundamente asimilado a esas influencias sentimentales y naturales, fue despojándose, de acuerdo con la norma que me impuse siempre fuera de Francia, de todo lo que recordara al hombre del bulevar, como yo escribí, a mi vez. Por lo demás, aun a falta de espontaneidad, la influencia del medio se advierte allí excesiva hasta en los más eclécticos; al cabo de unos meses el lógico más severo, el discípulo más estricto de la razón pura, capitula sin discusión. ¿Para qué negarse? ¿La primera sonrisa de una mujer no le demuestra a uno lo estéril de toda controversia, lo inútil de toda resistencia? Y, por otra parte, también se experimentan, favorecidos por la cal-

ma de la existencia, por los graves contornos de los horizontes, deseos inconscientes de retiro moral imposibles de sentirse en nuestra febril Europa, necesidades insondables en tantas almas y a ciertas horas de sumergirse de nuevo en las fuentes olvidadas de donde emanan la verdadera paz y la inocencia, de rehacerse un corazón a semejanza del de los niños que juntan las manos para deletrarse: "Padre Nuéstro"...

Ya que —nada me impedirá decirlo— me fuese dado conocer allí mejor que en parte alguna de nuestro continente positivista, la dulzura antigua y la radiante confianza de esa palabra Credo que, poco a poco, de año en año, se va borrando cada vez más de la tierra. Hasta la percibí en ocasiones con profundidad tan nueva, con perspectivas sociales y particulares tan insospechadas, que los más sinceros de entre nosotros me parece ahora que no conservan de ella más que una noción obliterada, me parece que han perdido gradualmente su verdadera luz. Concebí de repente todo lo que, hace diez y ocho siglos, en lo profundo de las catacumbas romanas debía esa palabra llevar en sí, en su acepción primitiva, de libertad verdadera, de tierna igualdad y de fraternidad infinita. Y, después de tantos otros, me he preguntado yo también si la humanidad, en nombre de un progreso equivocado, habría trabajado por su felicidad al arrancar de cuajo, en vez de cuidar con esmero, lo que los modernos doctores denominan la Ilusión suprema: preferencia o ilusión muy tentadora, en todo caso muy poderosa, ya que si es verídica, adormece los dolores, anuncia compensaciones infinitas, y si es falaz, nunca ha sido desmentida...

¿Quién sabe?, exclamaré repitiendo en su lengua materna la fórmula, dos veces justificada aquí, que el viejo Raimundo de Sebonde no tuvo que inventar, pues que la aprendió al nacer de las mujeres de su país. Y, además, ese ¿quién sabe? tal vez tenga algo de acariciador y de suave pa-

ra los muy queridos creyentes a que antes me refería; la incertidumbre que revela será consoladora, su susurro les parecerá amigo... De lo demás, de algunos otros, aguardo con confianza —y serenidad— el epíteto hoy en día agradablemente inevitable de clerical.

P. E.